

MEMORIAL DE ARTILLERÍA

NUESTRO EJÉRCITO
EN LAS CAROLINAS

por el Comandante Capitán del Cuerpo

SR. FRANCISCO J. DE MOYA



MADRID

IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

1891

NUESTRO EJÉRCITO EN LAS CAROLINAS

NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—EXPEDICIONES MILITARES.—ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS.—COMBATES DE OUA Y KETAN.

I.

El olvido con que los autores de Geografía tratan nuestras posesiones ultramarinas, nos obliga á poner un preámbulo al artículo que teníamos dispuesto con motivo de los acontecimientos militares que tuvieron lugar en la isla de Ponapé, que creemos no pecará de ocioso, por tratar en él, con la debida extensión, la historia y vicisitudes de aquella importante región filipina.

Las islas Carolinas ó Nuevas Filipinas, situadas en la parte más septentrional de la Oceanía, fueron descubiertas por Magallanes en el año 1521. Están divididas en tres agrupaciones, denominadas: Occidentales, Centrales y Orientales, y forman un extenso archipiélago de más de 500 islas, clasificadas en 48 grupos principales. Están situadas en medio del Océano Pacífico, al S. de las Marianas, al O. de las Filipinas y al N. de la Nueva Guinea.

Las condiciones geológicas del terreno, presentan análoga formación que el Archipiélago Filipino, del que forman parte en nuestras posesiones de Oceanía. La extensa é inacabable serie de islas é islotes, diseminadas en el mar, pero en idéntica condición orográfica y climatológica, indican al curioso investigador la presencia del Antiguo Continente, destruído por los fenómenos volcánicos, á cuya acción incesante y á la del mar debe la

R 136466

existencia parte de su suelo, rico en grupos basálticos y restingas de coral.

La posición relativa de cada una de las islas no puede precisarse por no haberse levantado planos parciales, pero su agrupación total, una de las más importantes de la Micronesia, y la más rica de aquel mundo marítimo, ocupa una extensión de 50.000 leguas cuadradas, entre los 135 y 180° de longitud E. del meridiano de San Fernando, y el Ecuador y 12° de latitud N. á unas 3.000 millas de Manila.

Entre los grupos principales merecen citarse los de *Yap*, *Valam*, *Hongolen*, *Tugulo*, *Arrecifes*, *Ponapé*, *Uluti*, *Semiavina*, *Daperrey*, *Lugonor*, *Nugonor*, *Namolut*, *Pimypenta*, *Uleby*, *Tavugui* y los archipiélagos de *Marshall*, *Gilbert* y *Mulgrave*. La raza que las puebla es la malaya ó papua, de análogas creencias y costumbres que todas las oceánicas, organizada en gobiernos aislados, dependientes en su mayoría de reyezuelos. El más importante es el que reside en *Lamurech*. El número de habitantes pasa de 70.000.

Las condiciones de civilización de las tribus, luchan con el atraso de dichas regiones, si bien alemanes y norteamericanos, que desde largo tiempo vienen vigilando aquellos mares, han cambiado mucho el carácter indígena, procurando educarlo lejos de nuestra atmósfera, y sustituyendo el arco y flecha característico del país por el moderno rifle.

Hasta el presente, este archipiélago, como los de Marianas y Palaos, nada ha producido á España, que casi desde su descubrimiento lo ha dejado vivir con sus propios recursos, á excepción de las islas ocupadas por nuestros destacamentos de *Guajan*. La posición geográfica de esta parte de la Oceanía es la verdadera llave del *Pacífico*, y está llamada á ser importantísima, tanto para la seguridad colonial, como para el comercio entre Asia y América, el día, no lejano, en que se abra al tránsito marítimo el *Istmo de Panamá*, circunstancia que no ha es-

capado seguramente á la política europea, significada por la ambición de Inglaterra y Alemania al llevar allá sus misioneros metodistas, para recabar, por la vía pasiva, lo que les será siempre imposible obtener por la fuerza. De este método de conquista, es dolorosa muestra la pérdida de nuestras posesiones del N. de *Borneo*, cedidas á Inglaterra en marzo de 1885, en virtud del protocolo de *Joló*, por el que obtuvo esta Nación una extensión de 50.000 km.², donde se asientan hoy las hermosas y espléndidas posesiones de *Labuan*, *Sandakan* y *Caya*, centro de las contrataciones comerciales de la isla y peligrosa estación para el porvenir de nuestra Micronesia.

El clima de las Carolinas es benigno, y las producciones las mismas que en Filipinas. Los vientos dominantes son: los del NE. de noviembre á junio, y los occidentales de julio á octubre.

El grupo de *Yap* lo constituyen seis islas. La más importante, que le da el nombre, fué reconocida en 6 de enero de 1528, por Alvaro de Saavedra, y es la mayor y principal en la parte occidental del archipiélago. Su suelo es fértil y montañoso especialmente en el extremo N., que alcanza elevaciones de 160 á 170 m. en la cordillera llamada de *Buray*. Su bojeo viene á ser de 50 millas, y el puerto más seguro es el de *Tomil*, abierto entre la punta del mismo nombre y la de *Rull*.

La isla de *Valam*, descubierta en 14 de septiembre de 1529 por el mismo capitán, es de las más fértiles del archipiélago, y tiene hermosos fondeaderos. Su suelo es accidentado, y sus montañas, cubiertas de una rica y espléndida vegetación, indican por su estructura y análisis, su origen volcánico. En la parte central, y dominando por completo toda la costa, se alza el pico de *Teyva* con más de 700 m. sobre el nivel del mar.

El grupo de *Hongolen*, reconocido y explorado en la propia fecha por el mismo Saavedra, está constituido por unas 40 islas pequeñas, de las que sólo están habitadas las centrales. Son igualmente fértiles y exuberantes en

vegetación. Su terreno es accidentado y alcanza mayor elevación en las del centro, siendo el circuito en las mayores, próximamente, de 40 millas. La posición de la isla principal, que lleva el nombre del grupo, es á los 9° 21' de latitud N., 15 al E. de la isla de *Guajan*.

La isla de *Punipet*, del grupo llamado de *Siniarina*, fué descubierta en 1542 por Ruy López de Villalobos. Componen el grupo 16 islas, de las cuales la nombrada es la mayor, alcanzando 60 millas de bojeo. Su suelo es en extremo accidentado, y las mayores alturas están al Este, donde se levanta una montaña de 950 m., y hacia el N. que termina en un enorme peñasco, á pico, con una elevación de 335 m. Monsieur de la Gravière, que aplica el descubrimiento de estas islas á los rusos, en 1828, asegura que en la citada tuvieron fin desastroso los compañeros de *La Perouse*.

Las islas de *Daperrey*, descubiertas en 1545, se componen de tres pequeños islotes bajos, de espeso y fuerte bosque, denominados *Mongol*, *Ugay* y *Aura*.

El grupo de *Lugonor*, reconocido en 1559, se compone de 90 islotes, siendo el más notable el que da el nombre al archipiélago, por su hermoso puerto semicircular, *Kanisso*, que constituye un seguro fondeadero al abrigo de los vientos de aquellas regiones.

El grupo de *Nugonor*, descubierto en la misma fecha, se compone de 12 islas pequeñas y hajas, habitadas en en su mayoría.

El de *Lamurech*, descubierto con el anterior, residencia de uno de los principales reyezuelos, se compone de un grupo considerable de islas fértiles y montuosas, con algunos buenos puertos.

El grupo de *Ulebi* fué visitado en 1686 por el piloto Francisco Lezcano, reconociendo hasta 20 islas, en su mayor parte habitadas.

Puede asegurarse, sin faltar á la verdad, que todas las islas ó la mayoría de las que componen el archipiélago Carolino, incluso las llamadas *Marshall* y *Gilbert*, fueron

descubiertas y reconocidas por los españoles en todo el siglo XVI y principios del XVII. La falta de medios de comunicación, y la ninguna necesidad que tenía nuestro Gobierno de proceder á su ocupación, ha hecho que los exploradores ingleses y americanos se hayan apropiado en sus viajes el derecho de conquista, como vemos en algunas geografías extranjeras, dando á muchas islas, graciosamente, el nombre de los naturalistas que han explorado su suelo ó el de los buques que han fondeado en sus aguas.

II.

Las islas Carolinas no han estado por completo abandonadas desde su conquista, pues el Gobierno superior del archipiélago ha mandado en varias ocasiones expediciones científicas y militares con diversos motivos, ocupándolas definitivamente en el año 1700.

Entre las expediciones que recordamos, merecen citarse las siguientes:

En 1526, la que mandaba Toribio Alonso de Salazar, compuesta de dos naos, de gente de guerra, que después de visitar algunas islas de la parte occidental, arribó á Palaos donde dejó misioneros. En 1529, la de Alvaro de Saavedra. En 1543, la de Ruy López de Villalobos. En 1565, la de Miguel López de Legazpi. En 1595, la de Pedro Fernández de Quirós. En 1686, la del piloto Francisco Lezcano, que las dió el nombre con que se las conoce en honor al Rey Carlos II. En 1697, la organizada por los PP. Jesuitas, que igualmente que la de marzo de 1708, con misioneros de la orden y 25 soldados, no llegó á su destino por dificultades de navegación. En 1709 la que organizó en *Cavite* el acreditado piloto Miguel de Elorriaga, compuesta de dos misioneros y 30 soldados. En 1710, la que al mando del Sargento mayor D. Francisco Pradilla, 90 soldados indígenas y cuatro misioneros jesuitas, logró desembarcar en la isla

de San Andrés ó *Sonrosol*. Esta expedición levantó la primera carta geográfica de aquel archipiélago, y dió á la Fé los primeros mártires. En 1712, el P. jesuita Rafael Serrano organizó otra expedición compuesta de 30 soldados y cuatro misioneros, en la esperanza de recoger los que habían quedado en *Sonrosol*, pero el patache, que iba dirigido por el memorable D. Blas de Lezo, naufragó en los bajos de *Marinduque*, pereciendo todos ahogados. En el mismo año, la nao que conducía el *Real Situado* á las islas Marianas, logró desembarcar en 19 de febrero en la isla citada, sabiendo por los naturales el glorioso martirio de nuestros expedicionarios. En 1731, el P. jesuita Antonio Cantova organizó una expedición de cuatro misioneros de la Orden y 20 soldados indígenas, desembarcando en el grupo de *Yap*, estableciéndose definitivamente y empezando sus predicaciones. Consecuente á esta expedición salió de Manila, en mayo de 1733, otra organizada por el P. jesuita Víctor Ubalteco, al frente de una misión religiosa que apoyaban 49 soldados indígenas y un oficial. Esta expedición desembarcó en la isla de *Talalep*, sabiendo por los naturales el desastroso fin del P. Cantova y sus compañeros.

III.

En alguna de las islas el genio aventurero ha avanzado hasta el extremo de fundar factorías y establecer misiones, como en la isla de Ponapé.

Esta hermosa isla, que por su importancia y población se puede considerar como la capital de la parte oriental, está situada á los 162° de longitud oriental y 7° de latitud N., y afecta una forma ligeramente elíptica, cuyo eje mayor es de unos 17 km.

El año 1852 cuatro misioneros procedentes de la América del Norte desembarcaron en ella, y tal maña se dieron en sus predicaciones, que diez años más tarde eran dueños absolutos de la mayoría del archipiélago en

el que tenían cinco misiones, 12 ministros, 13 evangelizadores y 23 maestros indígenas, 43 escuelas con cerca de 4.000 miembros, tres escuelas superiores y multitud de primera enseñanza á las que asistían unos 2.000 alumnos. Había además en *Oua* 250 cristianos, una imprenta para la propaganda reformista y surcaba aquellos mares una escuadrilla de embarcaciones menores para las necesidades de la colonia.

No faltaban allí nuestros misioneros, pero la competencia establecida por los americanos, que contaban con mayores elementos, hacía su trabajo, más que difícil, imposible.

En este estado, los sucesos internacionales de 1875 y 1885, obligaron á nuestro Gobierno á establecer fuerzas regulares en aquella parte de sus dominios, siendo Gobernador de la isla el capitán de fragata D. Isidro Posadillo, que al frente de una misión de capuchinos y 50 filipinos disciplinarios, tomó oficial posesión de la isla, teniendo por único apoyo el pontón *Marta de Molina*, barco inútil, que había tardado tres meses en hacer el viaje que un buque regular lleva á cabo en poco más de doce días.

¿Qué ocurrió en la isla? Es difícil de precisar. La opinión general es que la rivalidad entre misioneros católicos y protestantes, cuyas iglesias se hacían ruda competencia, originó el conflicto que acrecentó en los naturales el deseo de rebelión, y el resultado fué que soldados y ministros españoles y ministros y colonos extranjeros fueron degollados en un mismo día.

Precisemos los hechos. El 30 de junio de 1887 los *kanakas* que tenía Posadillo para el trabajo de la colonia, desaparecieron de las obras, y al enterarse el capitán por medio del intérprete del motivo de la desertión, recibió de los reyezuelos por contestación, «que si el Gobernador era Gobernador, ellos eran allí los reyes, que podían más». Estas palabras no dejaban duda de la actitud de los *kanakas*, por lo que el capitán Posadillo mandó al al-

férez Martínez con 24 hombres para castigar la insolencia.

Esta pequeña fuerza encontró á la tribu rebelde cerca del pueblo de *Jocoy*, donde á las primeras descargas se pasaron al enemigo 12 disciplinarios, y el valiente Martínez, sólo con 12 hombres, se batió cuerpo á cuerpo, hallando con todos los suyos heróica muerte en el campo de batalla. Uno solo de los soldados, que logró sobrevivir en el degüello, malherido y estenuado, pudo llevar la fatal nueva á nuestra colonia.

Irritado el capitán Posadillo con la noticia de la traición y derrota, arengando á la fuerza de su mando, salió inmediatamente en busca de los rebeldes al frente de los 40 hombres restantes, teniendo, después de una sangrienta lucha, que retirarse á la Casa-gobierno con sólo la mitad de la fuerza.

En vista de lo grave de la circunstancia y ante el temor del porvenir, se dispuso inmediatamente el embarco en el pontón de los padres misioneros, las mujeres y los caudales, y el capitán Posadillo, con la exigua fuerza que le quedaba, se hizo fuerte en el destacamento esperando á los sublevados.

El día 2 de julio, en efecto, se vió atacado por fuerzas numerosas de *kanacas*, sosteniendo con notable valor el puesto en los combates del 3 y del 4, hasta que faltar de fuerzas, descanso y municiones, determinó embarcarse en el pontón, para lo cual, en la madrugada del 5, á favor de una lluvia torrencial, creyendo no sería vigilado, efectuó la retirada, ganando un bote que en la playa esperaba, pero apenas se vieron los nuestros embarcados, un número considerable de *vintas* se arrojó sobre los fugitivos, que tuvieron que sostener otra titánica lucha, que á pesar de lo desproporcionado del número no hubiera sido tan desastrosa, si el bote, falto de dirección en el ardor de la lucha, no hubiese varado en los arrecifes, con lo que la matanza fué horrorosa, logrando solamente dos indígenas ganar á nado el pontón.

En tan reñida como memorable acción, el bravo capitán Posadillo, herido mortalmente en el pecho con cuatro balazos, se defendió como un héroe, sucumbiendo al fin á los golpes de maza de los infieles. El valiente médico Cardona, que se había incorporado al destacamento al tener noticia de la derrota, y que gravemente herido cuidó antes de los soldados que de sí mismo, también halló heroica muerte con su digno jefe. ¡Gloria y honor para los valientes que tan alto dejaron el nombre de España! ¡Así mueren los héroes!

La resistencia de los nuestros aún duró algunas horas; la noche del 5 vino á cubrir con negro manto aquél día nefasto para nuestra historia. Al amanecer del 6 la gloriosa bandera española ya no ondeaba en el archipiélago Carolino, y hallá, sólo en el pontón, media docena de hombres malheridos, de aterrados misioneros y de indefensas mujeres, aún luchaba por bajar á tierra, avergonzados de su impotencia!

No es nuestro objeto al relatar estos acontecimientos y hacer palpable el abandono de fuerzas en que se hallan nuestras posesiones del Sur, indicar los medios enérgicos que son necesarios y que no consisten evidentemente en expediciones aisladas de 100 hombres, y así, por tanto, continuaremos nuestro relato.

Posteriormente á estos desgraciados acontecimientos, que encima de la irreparable pérdida, nos costó un nuevo conflicto diplomático, tuvo lugar en la misma isla otro suceso sangriento. El teniente Porras, que mandaba el destacamento, y 27 individuos más de tropa, fueron sorprendidos durante el trabajo de la construcción del fuerte, y asesinados bárbaramente por la tribu de *Metalanim*.

IV.

La actitud del país para nuestras armas no podía ser más hostil; había necesidad además de volver por el ho-

nor de nuestra bandera, y considerándolo así nuestro Gobierno, se organizó en Manila una expedición militar de 400 hombres, al mando del coronel de infantería don Isidro Pérez de Soto, siendo segundo jefe de la expedición el comandante de Artillería D. Víctor Díez Martínez.

Componían las fuerzas, una compañía del segundo batallón de artillería Peninsular mandada por el capitán Monasterio, de la que eran tenientes los del Cuerpo, Fandos y Sergio y agregado Cebrián, dos compañías de infantería indígena de los regimientos núm. 68 y 73 mandadas por los capitanes Sastre y Abriat, y una compañía de infantería de marina al mando del capitán Vázquez.

Esta expedición embarcó en Manila el 15 de agosto en los cruceros de guerra *Velasco* y *Ulloa* y el vapor mercante *Salvadora* con los pertrechos y víveres necesarios para la campaña, y recogió de la isla de Joló la compañía del regimiento núm. 74, mandada por el capitán Romerales, con lo que la fuerza total vino á aumentarse en 100 hombres.

El 1.º de septiembre llegaba la expedición á la isla de Ponapé, y desembarcaba, reuniéndosele la compañía del regimiento núm. 71, que mandaba el capitán Vilches, de guarnición en la colonia, decidiéndose en junta de jefes dar principio á la campaña por el castigo de la tribu de *Metalanim*, que fué la que hizo la matanza de los españoles.

El plan más lógico era atacar por mar el pueblo de *Oua*, para llegar á la tribu rebelde, toda vez que la expedición por tierra era, á más de arriesgadísima, imposible, por hallarse fortificados los rebeldes á unos 11 kilómetros de la colonia en un terreno totalmente desconocido, defendido por un espeso bosque, lleno de los obstáculos y asperezas que son inherentes á aquella fauna maravillosa. El coronel Soto, á pesar de esta opinión general, decidió operar por tierra, y en su virtud, el 13 de septiembre, dejando una compañía de infantería en la

colonia, tomó el mando de todas las fuerzas, dirigiéndose en busca del enemigo. A los dos kilómetros escasos de jornada, se encontró la columna en la precisión de atravesar el bosque, en el que hubo necesidad de improvisar senderos á golpe de machete, para verificar la marcha, que se vió interrumpida á las seis horas por una lluvia pertinaz y copiosa que inutilizó las provisiones de un mes. Este contratiempo y lo imposible de continuar adelante, obligó á las fuerzas expedicionarias á acampar en el bosque, de donde, después de una noche cruda en que continuó el aguacero, volvieron estenuadas de fatiga á la colonia.

En vista del fracaso y demostrada prácticamente la imposibilidad de las operaciones por tierra, se embarcó la columna citada, desembarcando el 16 en la playa de *Palitipao*, bajo la protección del cañonco de los buques, tomando posiciones y acampando en los *bajais* que los naturales habían abandonado. En la noche de este día el digno coronel Soto, que se venía manifestando disgustado y pensativo, después del incidente del bosque, y cuyo pundonor militar consideraba lastimado, por haber prometido llevar por tierra la expedición, sin haberlo conseguido, se suicidó, disparándose un tiro de revólver en la boca, estando acostado en una camilla del campamento.

Este suceso inesperado, trajo el reembarco de la expedición para tomar el acuerdo de los jefes de marina, decidiéndose en conferencia marchar á *Oua*, donde, según noticias, estaban atrincherados los rebeldes. El día 18 por la noche se dió vista á dicho pueblo, cuyos naturales estaban atrincherados en la playa, empezándose el bombardeo por los buques para preparar el desembarco, que se efectuó en la madrugada del 19, marchando á la cabeza la compañía de artillería del capitán Monasterio y media más al mando del teniente del Cuerpo Ter-raza y agregado Panfil, que días antes había llegado en el *Antonio Muñoz*, y consecutivamente, las de infantería

indígena números 68 y 73 y la compañía de infantería de marina. Estas fuerzas, con agua hasta el pecho, emprendieron el ataque y avance hacia las trincheras enemigas, que situadas en toda la extensión de la playa, hacían vivo fuego de pedreros y fusilería, consiguiendo después de seis horas de combate, en las peores condiciones de posición, tomar las cotas al asalto, con 28 bajas entre muertos y heridos.

Cúpole la gloria mayor de esta jornada á la fuerza de artillería que mandaba el valiente capitán Monasterio, que con los bravos tenientes, Fandos, Sergio, Terraza, Cebrián y Panfil á la cabeza, tomó á la bayoneta las posiciones enemigas, entrando por asalto en las cotas entre una verdadera lluvia de balas.

Desorganizado el enemigo en este combate, huyó hacia el pueblo, haciéndose fuerte en los caseríos y templo protestante, del que, no obstante su bandera blanca, empezó un vivo tiroteo, siendo igualmente desalojado de estas posiciones por nuestras victoriosas tropas, y sufriendo en las dos acciones y retirada más de cien bajas.

Esta importante operación militar terminó con la completa ocupación del territorio de *Oua*, cuyos caseríos, así como los de *Harri*, *Chalapap* y convento protestante fueron pasto de las llamas, siendo destruidas por completo las trincheras de la playa, compuestas en su mayoría de gruesos troncos de árboles, protegidos por profundos fosos.

En este combate se distinguieron, el capitán de infantería Beltrán de Lis, ayudante de campo del jefe de la expedición, siendo gravemente herido de bala en el pecho; el P. Capuchino Agustín de Ariñes, jefe de la misión de *Metalanim*, por su bravo comportamiento al asistir á los heridos en el campo de batalla; el súbdito portugués Cristián Barbú, guía de la columna, que se batió al lado de nuestras avanzadas, y el súbdito alemán Mr. Narum, práctico oficial del puerto, que se portó bravamente en el asalto.

El 25 de septiembre salió el *Antonio Muñoz* de Ponapé con el parte oficial de las operaciones efectuadas y la noticia del desgraciado fin del coronel Soto, llevando también los heridos. Las fuerzas nuestras que regresaron á Santiago de la Ascensión, acordaron, mientras se recibían órdenes de Manila, proceder á fortificar el pueblo, para tener un puesto fijo, como base de los movimientos, organizando una junta de defensa para el plan mejor de resistencia y ataque.

Todo cuanto pudiera decirse sobre las operaciones que á la ligera hemos relatado, resultaría pálido ante la realidad, y nos encontramos además cohibidos, por la circunstancia de ser los nuestros los que llevaron el lauro de la campaña; pero con recordar que la columna de ataque se componía sólo de 500 hombres y que los *kanacas* combatidos en *Oua* pasaban de 700, dotados de fusiles repetidores y dueños de regulares *lantacas* ó pedreros, á más de la posición ventajosa de sus *cotas*, sobre la fangosa playa en que maniobraron los nuestros, puede comprenderse bien lo que no queremos ponderar. Añadiremos sólo que en la acción del 19 tuvo el enemigo más de 100 bajas, muriendo en las trincheras el jefe *Chaulik* y siendo heridos los llamados *Kronniletan*, *Tog*, *Nampig* y *Naliam*, habiendo enviado emisarios el reyezuelo de *Kitti* reiterando sus condiciones pacíficas, así como el *naumaraki* de la tribu castigada.

A los pocos días de la toma de *Oua* se presentó en las aguas de la *Ascensión* la corbeta norteamericana *Alliance*, enviada por su Gobierno para la protección de los súbditos, y su comandante dirigió á nuestro Gobernador una comunicación sobre las reclamaciones de los misioneros y comerciantes por el incendio de sus posesiones, á la que contestó el Sr. Cadalso, en términos altamente patrióticos y convenientes, dando solución á las exigencias extranjeras.

El día 1.º de noviembre, según disposición de la autoridad superior de las islas, embarcó en Manila otra ex-

pedición de 200 hombres, compuesta de media compañía de artillería peninsular, al mando del capitán Aguado, y una compañía de infantería indígena del regimiento número 74. Era segundo jefe de esta columna el comandante de Ejército, capitán del Cuerpo, Díez de Rivera, y jefe principal el coronel de Infantería D. Manuel Serrano.

Esta expedición llegó á Santiago de la Ascensión el 14 del mismo mes, haciendo un reconocimiento por tierra, por el camino de *Guiti* hasta el límite del *Metalanim*, cuyos territorios bombardeó con éxito la marina, y el 16 se organizaron dos columnas de ataque, compuesta la primera de la compañía de artillería del capitán Monasterio y dos de infantería de línea, al mando del comandante capitán del Cuerpo Díez de Rivera, y la segunda de la compañía de artillería del capitán Aguado, una compañía de infantería de línea y la de infantería de marina, al mando del coronel Serrano.

El plan de campaña era avanzar por tierra la columna Díez de Rivera, para atacar de frente el pueblo y fortificaciones de *Ketan*, situado en el centro del *Metalanim*, sobre el río *Pitapitam*, mientras la columna Serrano lo efectuaba por la gola, con objeto de cerrar al enemigo, que en número de 1.500 combatientes esperaba atrincherado en las *cotas* de dicho punto, á cuyo fin se convinieron las señales oportunas para saber el momento crítico del ataque simultáneo, que debió verificarse el 22.

A este efecto embarcaron las columnas, dirigiéndose la primera hacia *Oua*, en el vapor *Cebú*, y la segunda hacia *Metalanim*, en los cruceros *Velasco*, *Ulloa* y *Manila*, con objeto de empezar las operaciones.

La columna Díez de Rivera desembarcó á las diez de la mañana, acampando en la playa y empezando el movimiento de avance, que realizó en la madrugada del 22, á las cinco, llegando á las nueve y media á la vista del pueblo de *Machichao*, donde los *kanacas* tenían establecidas sus trincheras, que se tomaron al asalto, con nuestra artillería á la cabeza, después de una sostenida lucha

de tres horas de fuego, con pérdida de 14 hombres y del capitán de infantería D. José Vilches, que herido gravemente en el pecho, al frente de los suyos, falleció á los cuatro días de la acción.

Desalojado por completo el enemigo de estas posiciones, y destruido el pueblo, continuó la columna su marcha, ayudada de la brújula, único medio de orientación en aquel país desconocido, encontrándose á las cuatro y media de la tarde, al avistar un claro del bosque, ante el pueblo de *Ketan*, cuyas formidables *cotas*, de dos líneas de fuegos, establecidas sobre altas y espesas murallas aspilleras, construídas de troncos y piedras, y defendidas con fosos profundos, llenos de abrojos, dominaban por completo el campo.

La posición nuestra al empezar este episodio, que fué el más sangriento y reñido de la campaña, era la siguiente: al frente, las fortalezas enemigas; á la izquierda, el mar, cuyos prolongados bajos y desconocidos arrecifes hubieran hecho peligrosa la aproximación de nuestros buques, y á la derecha, el bosque que había atravesado.

La columna del coronel Serrano, que debió efectuar el desembarco en la tarde del 22, no logró hacerlo hasta las cuatro y media de la madrugada del 23, utilizando los botes de remo, vapor y canoas, al mando de los segundos del *Ulloa* y del *Velasco*, con los oficiales subalternos y guardias marinas á quienes correspondía este servicio; pero habiendo varado los botes, y no permitiendo el mucho fondo hacer á pié el desembarco, hubo necesidad de efectuarlo en la isla de *Tamban*, teniendo que atravesar la columna los bajos, á la dirección de un *kanaka* preso, que sirvió de guía, y á cuyo servicio se debió que no malograrse la expedición.

Este contratiempo originó catorce horas de retraso y trajo consigo funestas consecuencias para nuestras tropas y retraso de la gloria ambicionada, pues impaciente la columna Díez de Rivera por no tener las seña-

les convenidas, molestada en su situación pasiva y despreciando en su valor personal lo difícil de la empresa, se lanzó al ataque de las *cotas* de *Ketan*, dando tres brillantes cargas á la bayoneta, sin poder conseguir el asalto, no obstante haber tocado los fosos, por lo inexpugnable é inaccesible del fuerte, lo numeroso del enemigo y el nutrido fuego de fusilería y pedreros que hacían los rebeldes.

En tan furioso como desigual ataque, murió heroicamente el teniente de Artillería D. Ceferino Fandos y Pérez, herido mortalmente de un balazo en el pecho; fueron gravemente heridos: en el brazo derecho, el teniente de Artillería D. Emilio Sergio y Castro, y en una mano, el valiente Médico primero Cabezas; herido levemente en un brazo el teniente de Infantería Serrano, y contuso, el de igual clase Castorino, habiendo tenido un total de 83 bajas, entre muertos y heridos.

En esta acción se distinguieron todos por su valor personal y por su entusiasmo guerrero, siendo numerosos los episodios de valor. Más de las tres cuartas partes de las bajas las tuvo la compañía de Artillería, que inició el ataque con sus jefes y oficiales á la cabeza, donde fueron heridos sus valientes oficiales, saliendo ileso milagrosamente el bravo capitán Monasterio, que no dejó de alentar á la tropa, dando noble ejemplo con sus inimitables tenientes. El valiente teniente de Infantería Castorino, contuso, fué comisionado para la elección de un punto estratégico de retirada, y la columna, al mando del comandante capitán Díez de Rivera, que siempre estuvo en los sitios de más peligro, batiéndose denodadamente en primera línea, tuvo que abandonar el campo ante la imposibilidad de continuar el ataque y la necesidad de recoger muertos y heridos, acampando en una pequeña colina, en espera del aviso de la columna Serrano.

En esta crítica y peligrosa situación, sin medio alguno de cura para los heridos ni de descanso ni alimenta-

ción para nadie, transcurrió la noche del 22, que fué de verdadera prueba para aquellos valientes, que llevaban encima de la sangrienta jornada treinta y seis horas sin alimento.

A las cuatro y media de la madrugada del 23 se escucharon las cornetas de la otra columna; á las seis se empezó á oír por la derecha vivo tiroteo y disparos de cañón, que era la señal convenida, y organizada la ofensiva por la columna nuestra, logró reunirse á las ocho con la que mandaba el coronel Serrano, que habiendo atacado al enemigo por retaguardia, tomó al asalto las *cotas* de *Ketan*, con 25 bajas, dispersando por completo á los rebeldes, á quienes cogió cuatro pedreros y multitud de armas y municiones.

En este combate, que coronó nuestra campaña sobre la tribu de *Metalanin*, se distinguió la compañía de Artillería del capitán Aguado, que fué el primero que entró en la *cota*, mereciendo los plácemes del jefe de la columna y siendo estimulado para pedir una alta recompensa, que su excesiva modestia no consideró ganada, no obstante haber llenado las condiciones reglamentarias.

El coronel Serrano se portó brillantemente en esta operación militar, y aún continuó en *Ketan* tres días, hasta dejar arrasado por completo el pueblo y fortalezas enemigas, tomando cumplida revancha de los *kanacas*, cuyos restos, errantes y perseguidos, lograron remontarse después de sufrir unas 200 bajas.

Retirados el 24 los heridos á la colonia, aún permanecieron en ella cinco días con cura provisional, por falta de medios, hasta que fueron conducidos á Manila en el vapor *Urano*.

En los sangrientos combates que hemos relatado, los episodios heroicos fueron incontables, que no en vano el nombre de España va unido al heroismo, al valor indomable y á la abnegación de la vida en sus inimitables hijos. Las penalidades y sufrimientos pasados en aquellos países sólo puede comprenderlas el que, como nos-

otros, ha operado en ellos. El primer enemigo es el clima, el segundo lo desconocido y malsano del terreno y el mayor la falta de medios de comunicación, de alojamiento, de víveres y de servicio de ambulancias. Los heridos de *Oua* y *Ketan* estuvieron veintitantos días con la cura provisional, por falta de medios y de personal, no obstante el sacrificio que de su salud hizo el Médico de la expedición D. Anacleto Cabezas, herido gravemente en una mano cuando más precisos eran sus cuidados.

El Gobierno recompensó dignamente tales sufrimientos con las siguientes gracias:

Cruz de María Cristina de 2.^a clase.

Comandante de Ejército capitán de Artillería, D. Víctor Díez Martínez.

Idem de id., D. Antonio Díez de Rivera.

Médico mayor personal, segundo efectivo, D. Anacleto Cabezas y Pereiro.

Cruz de María Cristina de 1.^a clase.

Capitán de Artillería, D. José de Monasterio y Ollivier.

Primer teniente de idem, D. Emilio Sergio y Castro.

Capitán de Infantería, D. Luis Beltrán de Lis y Espona.

Primer teniente de idem, D. Saturnino Serrano y Navarro.

Médico primero, D. Felipe Ruíz y Castrillo.

Cruz roja de 1.^a clase, pensionada con la semidiferencia reglamentaria.

Capitán de Artillería, D. Bernardino Aguado y Muñoz.

Idem de Infantería, D. Juan Cebrián y Souza.

Idem de id., D. Miguel Aluét y Martínez.

Primer teniente de idem, D. Castorino Ramírez Salomón.

Idem de id., D. Víctor García Olalla.

Idem de id., D. Prudencio Becerril y Marcos.

Idem de id., D. José García y García.

Idem de id., D. José Panfil y Muñoz.

Idem de id., D. Valentín Melgar y Casado.

Oficial primero de Administración Militar, D. Ernesto Martín Sánchez.

Capitán de Infantería de Marina, D. José Buitrago y Gallego.

Cruz roja de 1.ª clase del Mérito Militar.

Capitán de Infantería, D. Antonio Rivera y Calñas.

Idem de id., D. Manuel Romeral.

Idem de id., D. Luis Martínez y Pérez.

Idem de id., D. Antonio Sastre y Ramírez.

Primer teniente de id., D. Antonio Sequera.

Idem de id., D. Juan Francisco y Dionisio.

Idem de id., D. Julián Rojo y Echeuque.

Primer teniente de Artillería, D. Tomás Terraza y Azpeitia.

Cruz roja de plata del Mérito Militar, premiada con 25 pesetas mensuales, vitalicia.

Sargento de Artillería, Manuel Muñóz y García.

Idem de id., Crescencio Rebullida y Esport.

Idem de id., Antonio Losada y Castro.

Idem de id., José Vega y Torre.

Cruz roja de plata del Mérito Militar, pensionada con 25 pesetas mensuales, durante el tiempo de servicio.

Sargento de Artillería, Juan Aparicio y Miró.

Idem de Infantería de Marina, Francisco López Gallego.

Cruz roja de plata del Mérito Militar, pensionada con 7'50 pesetas mensuales, vitalicia.

En Artillería, un cabo y cinco artilleros.

En Infantería, un cabo y tres soldados indígenas.

Cruz roja de plata del Mérito Militar, pensionada con 7'50 pesetas mensuales, durante el tiempo de servicio.

En Artillería, seis sargentos, un cabo y cinco artilleros.

En Infantería, seis sargentos, un cabo y un soldado indígena.

En Infantería de Marina, un sargento.

Cruz roja de plata del Mérito Militar, pensionada con 2'50 pesetas mensuales, vitalicia.

En Artillería, un cabo.

En Infantería, tres soldados indígenas.

Cruz roja de plata del Mérito Militar, pensionada con 2'50 pesetas mensuales, durante el tiempo de servicio.

En Artillería, tres cabos, dos cornetas y tres artilleros.

En Infantería, tres cabos, un corneta y nueve soldados indígenas.

En infantería de Marina, un cabo y ocho soldados.

En Sanidad Militar, un cabo.

Cruz roja sencilla del Mérito Militar.

En Artillería, nueve cabos, seis cornetas, 94 artilleros y 10 indígenas.

En Infantería, nueve sargentos, siete cabos europeos, uno indígena, cuatro cornetas y 104 soldados indígenas.

En Infantería de Marina, tres cabos, 27 soldados europeos y cuatro indígenas.

Mención honorífica.

En Artillería, un corneta, 12 artilleros y un indígena.

En Infantería, un cabo y 83 soldados indígenas.

En Infantería de Marina, 10 soldados europeos y tres indígenas

El Comandante Capitán del Cuerpo,

FRANCISCO J. DE MOYA.
